

Año IV.

Barcelona 18 de Abril de 1890.

Núm. 149.



Semana Cómica

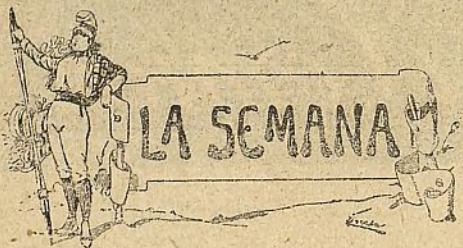
LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

ARTISTAS PRINCIPALES.



EMMA ANGELINI.
Soprano del teatro Gaiarre.



La cuestión «Cerralbo y Compañía»—Compañía de Jesús, se entiende—ha despertado las iras del carlismo, cuyas banderas ostentarán, de hoy más, el clásico lema en la siguiente forma:

Religión, patria y rey.

Debil castigo sería para la imperdonable ciudad del Cid que Dios rbase el fuego de los ojos de las valencianas y lo hiciese caer en llamaradas sobre la pecadora población, consumiéndola como á las maldedidas ciudades de la Pentápolis; benévola en en extremo resultaría la Providencia si se contentase con desbordar el Turia y hacerle crecer hasta sepultar en su seno á la ciudad de las flores como una nueva Atlántida; mezquino fuera el castigo de enterrarla bajo un mar de lava, como á Pompeya y á Herculano...

Y conste que no aludo con esto de Herculano al historiador del vecino reino; dicho sea para satisfacción de los estudiantes portugueses que, en vísperas de exámenes, han venido á hacernos una visita.

Para desagrar al carlismo ofendido, sería preciso que no quedase en Valencia piedra sobre piedra, que la tierra se abriese y el cielo se cerrase, que cayeran más rayos que gotas de agua y... que volviera á aparecer Savalls por aquellos alrededores.

—¿Sabe V. lo que dicen?—exclamaba un caballero leyendo los telegramas alarmistas—que han sido los *íntegros* quienes han promovido el tumulto.

—Esa ya se la tenían calada los carlistas y por eso disparaban con bala desde el Círculo.

—¿Para qué?

—Para no dejar á ninguno *íntegro*.

De todos modos, el resultado obtenido hace dos años por la peregrinación canovista y el que acaba de conseguir el marqués de Cerralbo demuestran que el país se cansa de este género de propagandas.

¿No tienen allá en Madrid los actores de la política española dos teatros donde representar cuantas comedias quieran?

Pues si prefieren ser políticos de la legua á ser políticos de cartel y dejan las tablas del escenario para viajar en carreta y dar representaciones al aire libre, no culpen al pueblo si éste les trata como á torpes histriones.

¿Que no es permitido silbar?

Consideren que el pueblo hac: ya mucho tiempo que no toca pito, y cuando lo empuña, procura sacar los pulmones de buen año.

Con seguridad que el marqués se habrá acordado de Barcelona, en donde nadie se metió con él.

Pero aquí ya vivimos curados de espanto y estamos acostumbrados á que políticos, politicastros y politiquillos nos den á todas horas, no ya la *lata*, sino toda la ley de admisiones temporales.

Además de que aquí nos convienen esos viajes políticos.

En cuanto los partidos españoles den todos en la flor de hacer excursiones políticas y los fabricantes catalanes se enteren de ello, lloverán sobre los oradores de ferrocarril proposiciones de nuestras fábricas y casas de comercio, para que los ambulantes padres de la patria lleven por ahí nuestros muestrarios y vean de hacernos el artículo entre brindis y brindis.

Con eso la propaganda política será más variada y surtida y los comerciantes catalanes se ahorran el presupuesto de los viajeros y *commis voyageurs*.

—¿Ha leído V. eso de que los Jesuitas izaron el pabellón inglés en los balcones del convento?

—Si señor; y me parece una resolución muy acertada. Lo mismo haré yo en mi *torre*, en cuanto ocurra algo en Barcelona.

—Pero ¿qué tienen que ver los ingleses con la torre de V.?

—¿Que no tienen que ver? ¡Si la tengo hipoteca-da hace tres años!

A pesar de todo, no renuncian los carlistas valencianos á comerse la anunciada *paella*.

Tan pasada estará la pobre, que, más que paella, van á comer polvos de arroz.

—Diga usted—decía un atrasado de noticias—yo estaba en la idea de que la paella había sido ya y que á consecuencia de eso...

—Pues no señor; no hubo paella; lo que hubo fué *pa él* nada más.

Ahora están decididos á comérsela, si no en Valencia, cuando menos en el Grao.

Y allí se la comerán de *grao* ó por fuerza.

A quien van á nombrar hijo adoptivo de dicha población, es al capitán general.

Y yo creo que, más que hijo adoptivo, le corresponde el título de hijo adoptante.

Porque gracias á las medidas que *adoptó*, pudo salvarse, según dicen, la tranquilidad pública.

Lo importante es que el estado de sitio no vá á levantarse—¡perezoso!—hasta el mes que viene, porque hay el temor de que los revoltosos empalmen esta escandalera con la gran huelga internacional que se anuncia para el primero de Mayo.

También aquí nos coje con las manos en la masa... obrera.

Pero, afortunadamente, los trabajadores catalanes dicen que no quieren servir de comparsa á nadie y habiendo demostrado que saben, cuando quieren, promover una huelga tan seria como la que más, no les dá ahora la gana de hacerles el caldo gordo á los mineros, cargadores y otros obreros del continente europeo; que es un «marcial continente» desde que rige la paz armada.

Nuestros obreros, que saben echar el resto, nada tienen que ver con los del resto de Europa.

Así la Europa entera nos ponga como en—*ropa* de Pascua.

El antiguo reino de Valencia—oficiando de cirio Pascual—se encuentra esta semana en el candelero.

No sólo fué la capital la que atrajo la pública atención con los resplandores del incendio que iluminaba el recibimiento hecho al marqués por los carlistas, los adoquines y demás correligionarios.

Ahora la curiosidad se dirige hacia Alicante, en cuyo castillo de Santa Bárbara vá á sufrir el arresto el general Dabán.

Allí, cerquita de Sagunto, reflexionará durante dos meses sobre aquel octosílabo de *La canción de la Lola*:

¡Cómo cambian los tiempos!

Y así como los demás no nos acordamos de Santa Bárbara más que cuando truena, el general se acordará de Santa Bárbara (castillo de) cuando truene... y cuando escriba cartas.

Mientras Valencia y Alicante se disputan la atención pública que estima muy *fin de siècle* todo lo que sea jaleo y notoriedad, ahí tienen Vdes. tan tranquila á la otra provincia del antiguo reino: á Castellón de la Plana.

Hay que confesarlo, aun á riesgo de incurrir en el enojo de sus dos provincias hermanas.

No hay quien enmiende *la Plana* á ese *Castellón*.

LUIS ROYO VILLANOVA.

UNA CARTA.

¿Que estoy herido?... Es verdad; mas no es cosa de importancia, y así, madre, por lo tanto, pon á tus lamentos tasa, porque pensando que sufres la herida se extiende al alma. ¿Me preguntas cómo fué? Muy sencillo... Tras jornada fatigosa, por luchar con la nieve y con el agua y un frío de los del norte, por un camino de cabras, hace ocho días llegamos al sitio donde se hallaban los contrarios, bien pretrechos y encima de la montaña....

¡Y nosotros la mitad y abajo!... ¡Buena batal.a! Palideció el coronel que mi regimiento manda y no dijo más que: —¡Arriba, muchachos!... y:—¡Viva España! Con que... andando... ¡Buen jaleo, Santo Dios!... ¡Qué granizada sobre nosotros!... Pues no, no volvimos las espaldas... Iba yo de los primeros... Y... que me tocó una bala en el pecho... y que caí rodando por la montaña, envolviéndome al caer la bandera que llevaba;

que de allí me retiraron, y, en fin, madre, que á Dios gracias, ni es muy profunda la herida ni tiene muy mala traza... ¿Te acuerdas de que, al partir del lugar, entre ayes y ánsias, me diste un beso y lloraste, y esas lágrimas amargas cayeron sobre mi pecho desnudo entonces?... ¡Pues nada! Lo que pasó está bien claro... ¡No hay que asustarse!... ¡Una bala que me ha mordido en el pecho por envidia de tus lágrimas!

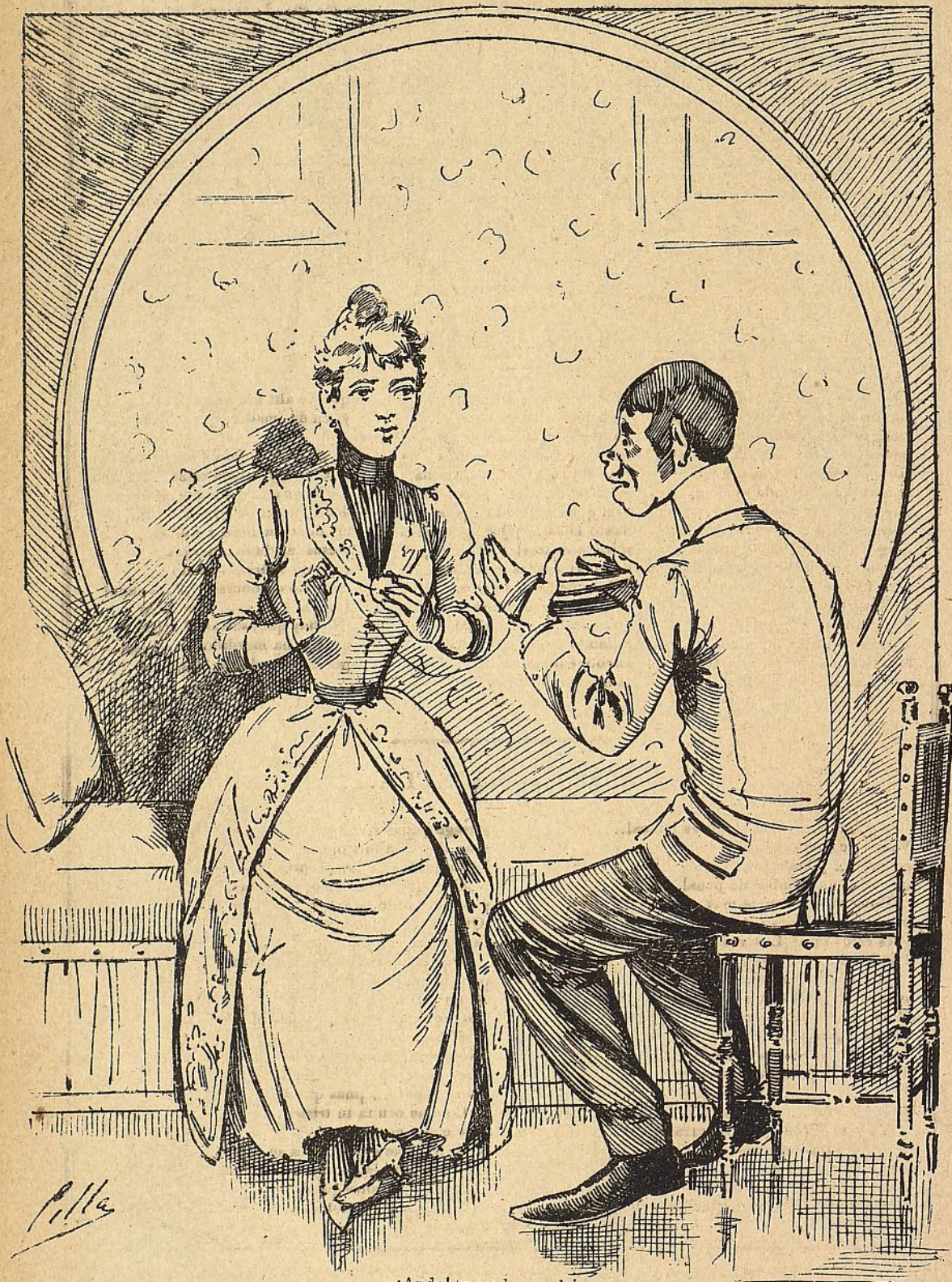
LUIS DE ANSORENA.

MORAL BARATA.

...¿Lloras?... ¡Esta sí que es buena!.. Vamos, calma esa fatiga, cobarde... ¡Que no se diga que llora un hombre de pena! Escucha... Arrimate más y mirame bien despues... ¿Ves estos ojos? ¿Los ves? Pues no han llorado jamás... Miralos... Los hallas bellos, ¿verdad?... ¿Que si has respondido? Pues fijate: no ha corrido ni una lágrima por ellos. ¿Que yo no tengo decoro?... Ya lo sé... ¡Si no me agravia! Pero tambien sufro y rabio ¡y soy mujer... y no lloro! Ya ves. Yo tengo amargura, tengo dolores muy graves, tengo corazón... ya sabes que te adoro con locura; y, sin embargo, me estrecho

y trago penas y enojos y no llegan á mis ojos las angustias de mi pecho. ¿Cómo tú, en cambio, te azoras y con el llanto te avienes? ¿Qué es eso? ¿Qué causas tienes para llorar como lloras? ¿Qué es triste el motivo? Cierto; pero llorar ¿á qué santo? Al fin y al cabo ¿ese llanto porque tu madre se ha muerto! ¿Eso es suficiente, di? ¿No murió tambien la mía? Pues no lloré... y la queria no sé cuanto... ¡más que á ti! Conque oculta tu tristeza y se como yo valiente. ¿Que hay que sentir? Pues se siente, mas sin bajar la cabeza. Si no ¿qué conseguirás con pregonar tus dolores?

A SOLAS, POR CILLA.



— ¡Anda! tu madre se aleja...
¡Anda, sí!... — ¡Pero, Fernando!...
— Deja que te pruebe, deja...
(¡Ay, cómo se va enredando
la madeja!)

Ayuntamiento de Madrid

LOS «MELITARES» POR «MECACHIS».



—... y en fin, que tu das el opio,
pero me tiene *enritao*
que lo llesves de prestaio
pudiéndolo tenerlo propio.



—... y, francamente, si fuera á mí solo á quien le
hubieras suprimido la cajetilla, pase; ¡pero si vieras
lo enfurecio que está con eso tóo el regimiento!...



—Olé ya, que si yo fuera el general Dabán y
usted generala, poago por caso... ¡no era carta *mes-*
mamente la que le iba á Vd. á dirijir!



—¡Y no te extrañe que no te escriba ahora nin-
guna carta, porque si luego er menistro se enter a y
me mandan dos meses á un castillo y se arma una
escandalina en el Congreso... ¡figúrate tu lo que
dirían en el pueblo!

¿Crees tú que porque llores
van á llorar los demás?

Pues no hay tal cosa. Podrían
tener lástima de tí
los menos... Creeme á mí:
los demás se reirían.

¡Si vi un día casualmente
á un pobre viejo llorando
en la calle, agonizando....
¡y se reía la gente!

Desengáñate, querido.

Aunque el corazón estalle,
no hay que salir á la calle
con el rostro compungido.

¿Quieres estar en tu centro?
Pues aprende la manera
de llevar la risa fuera,
si llevas el llanto dentro.

Que en este mundo de locos,
hay que tomar por oficio
la hipocresía... ¡ese vicio
que saben tener muy pocos!

ANSELMO GUERRA.

CUENTOS DE LA SIERRA.

LA ULTIMA BRUJA

III.

(Conclusión.)

El cura y el maestro resolvieron ir á la casa de las eras á interrogar á la vieja bruja.

—Veamos—dijo el presbítero, que era hombre de buen juicio;—aquí venimos el señor maestro y yo á poner orden en todas estas cosas que en el pueblo suceden.

La pobre vieja, despues de haber dado unos banqueros de encima para que en ellos se sentaran el cura y el maestro, mióles temerosa y como avergonzada.

—Esto es un escándolo, ¿entiende? Esto es un escándolo. Aquí trae V. alborotada á la gente... y con engañosas y trapisondas, saca V. lo que tal vez le hubiera dado la caridad cristiana ¿estamos?

El maestro fijaba en la vieja unos ojos terribles como los de un juez.

—Yo, señor cura.... murmuró la anciana con la mentosa voz.

—Basta, basta... No me vá V. á mí á decir que no es cierto lo que veo.

—Claramente, añadió el maestro con voz seca y en tono resuelto; y aquel adverbio resonó como un martillazo dado á tiempo.

—Yo quiero que mañana mismo, á la madrugada, se vaya V. del pueblo en el carro de Cirilón, que sale para Villacastín. Irá Vd. allí á ver á un señor sacerdote, el cual le dará asiento en el coche que sale para Segovia.

—Justo, dijo el maestro, dando otro martillazo.

En esta ciudad, había prevenido el señor cura, según prosiguió diciendo, que la religiosas Hermanitas de los Pobres acogiesen en su Asilo á la desventurada; de lo cual se le seguiría á esta un gran bien para el cuerpo y para el alma.

—De lo contrario—dijo el maestro—la guardia civil la conducirá á V. á Avila á disposición del señor Juez.

Quedóse, más que aterrada y recelosa, pensativa la pobre vieja; y al fin, como si hubiera tomado una gran resolución, confesó, si bien con tímida voz, que en efecto, era la verdad: que aunque no había ido al pueblo con el intento de hacerse pasar por bruja, sino á ver y á hablar al señor escribano del

pueblo para tratar de un grave asunto, como el escribano estuviera ausente, ella se resolvió á esperarle, pero que como los muchachos habían dado en llamarla bruja y no había manera de quitarles de la boca la palabra, se había, al fin, resignado á oirla. He aquí todo. Pero que ni ella se creía bruja, ni ¡ensaba que, en oyéndola, hubieran de echarla del pueblo.

Al cabo la oyeron. Cierta era que se había aprovechado de la necia credulidad; cierto que había hecho el propósito de echar las cartas al D. Gerónimo, única manera de ver y de hablar á semejante hombre.

—¿Y con qué objeto?

Este fué el secreto que hubo de revelar la anciana al señor cura y al maestro; para ello sacó de un atajo unos mugrientos papeles, que luego que el maestro y el cura les hubieron leído, aquel no cesó de reir, y éste, aunque repenlió á la anciana, no dejó de alabarla, si no por los medios, cuando menos por la sana intención del propósito.... y sobre manera por el enorme sacrificio que, como se verá, había realizado la pobre vieja.

—Si, señor cura; por esto mendigando, muriéndome de frío, vine al pueblo. Pedí de puerta en puerta... no tuve billete más que hasta el Espinar y luego pasé el puerto á pié. ¡Todo por aquel bendito angel de Dios! Quería echarme á los pies de don Gerónimo y hablarle de la pobre D.^a Teresa, mi ama, que murió llena de angustia y dejándome á la niña. Yo, señor, puede V. preguntarlo en Avila, he trabajado por mantener á la hija de mi ama y de ese maldecido hombre. Pero ya no puedo más; soy vieja; la niña cumplirá pronto diez y seis años, señor; su madre me la encomendó, suplicándome que no dejara de hacer ¡or cuantos medios pudiera que D. Gerónimo reconociese á la niña. Hice que me escribiesen cartas y más cartas dirigidas al caballero... ¡Nunca me contestó! Y al fin, por inspiración de Dios, dejé á la niña casa de una hermana mía y vine yo misma, á ver si *ablandecía* el corazón de su padre.... Y vea, señor cura, si esas no son cartas en que el pícaro prometía reparar los males que había hecho.

El cura y el maestro se hallaban vivamente seducidos por lo interesante del relato, y salieron de allí, al cabo de una hora, no sin que el sacerdote se ofreciese á dirigir y resolver el asunto, si era tal y como la anciana se los había dicho; pero quedaron en que al día siguiente saldría la anciana, con

socorros que el cura hubo de darle, bien que no á Segovia, sino á Avila, á cuyo punto el sacerdote le escribiría, dándole cuenta del resultado de sus empeños y trabajos en favor de la niña cerca de aquel bribonazo avaro D. Gerónimo.

Y así, muy entretenidos en criticar ó certificar lo dicho por la anciana y lo visto en los papeles que el cura llevaba en sus manos y creyéndolo todo poco menos que brujería, salieron de la casuca de las eras del cerrillo de S. Cristobal, dejando á la viejecita, la cual lloriqueaba y reía al propio tiempo, llena de esperanza y dando por arreglado su negocio.

Al anochecer cortó de una enorme hogaza rebanadillas de pan sobre una cazuela, hizo sus sopas, se las comió lentamente á cucharada tras cucharada, muy pensativa y meditabunda.... Luego... luego buscó la llave de la puertecilla de la casa.... Y mire lo que se pasmaría de no hallarla por parte alguna; no la halló; la había perdido. Cerró la puerta, echó el cerrojo, se tendió en la paja del pajarcillo contiguo á la cocina y se durmió.

A media noche resonó la campana de la iglesia. Los vecinos se echaron á la calle. Una llamarada terrible parecía haber convertido el cerro de San Cristobal en volcán encendido....

—¡Fuego! ¡fuego!.. ¡fuego! gritaban las mujeres asomándose á las ventanas.

—¡Fuego en el cerrillo, en el casuco de las eras! ¡El infierno subió por la bruja!

—¡Anda! Se tuesta «la Nevasca.» Parece cosa de Dios.

—¡Darla socorro, imbéciles! ¿qué haceis?—gritaba el maestro de escuela;—salvemos á esa desgraciada.

—Vamos, hijos míos, vamos—clamaba el señor cura.

—Se ha cerrado por dentro, dijo un mozo que había acudido, el único, á salvar á «la Nevasca»....

El casuco era ya inabordable; pronto se desplomó parte del techo, y entre el chisporroteo, el humo y las llamas, pudieron sacar intacto el cadáver de la anciana, que había muerto asfixiada.

—¡Era una santa! exclamó el señor cura.

¿Supo alguien lo de la llave? Pensamos que no.

Algunos pensaron, pocos por cierto, en que la malignidad de los supersticiosos podía haber cometido un crimen. Hubo quien supuso que la anciana pudo descuidarse, dormirse y dejar el candil encendido.... Casi todos los vecinos achacaron el hecho á lo sobrenatural y maravilloso.

Pero aquella no era la última bruja. La última bruja existe aún. Murió el avaro D. Gerónimo y al poco tiempo vino á Valdegorrillo una lindísima muchacha, como la primavera de hermosa... Ha sido la heredera del avaro.... y la bruja que con su belleza ha encantado á éste, Julian Perez, vuestro servidor, el maestro nuevo de Valdegorrillo de la Sierra....

¡Mil veces bendita sea la memoria de la pobre Nevasca!...

Por la copia:

JOSÉ ZAHONERO.

SONETOS.

I.

Extiende la maldad su poderío
y loco el vicio á la virtud abate;
huye la poesía del combate
y el análisis triunfa á su albedrío.

Europa tiembla de cansancio y frío
y sólo aguarda á que la edad la mate;
sin temer que tu rayo se desate,
osa la duda contra tí, Dios mío!

El tenebroso porvenir aterrá;
está la religión herida y muda;
todo en el vaso del dolor se encierra....

¿Cuándo, mi Dios, nos prestarás ayuda?
¿No volverás á conquistar la tierra?
¿Será eterno el imperio de la duda?

II.

Los ojos hermosísimos en claro,
luz de la luz y del amor tesoro,
suelta en desorden la madeja de oro,
con algo de inocencia y de descaro;

de todo noble pensamiento faro,
encarnación del ideal que adoro,
viene en mis sueños á calmar mi lloro,
y es gloria del feliz, del triste amparo.

¿Quién no la juzga una visión soñada,
cuando su imagen al amor provoca
y brilla lo inmortal en su mirada?

¿Quién no olvida sus propios engaños,
oyendo como cantan en su boca
las frescas risas de los pocos años?

RICARDO J. CATARINEU.

RETAZO.

¿Dó está la ardiente pasión
que aumentaba mi ventura
y dó está aquella ternura
que había en tu corazón?

¿Dó está el beso que en tu boca
hace tiempo me ofrecías?
¿Dó están los felices días
en que me amó tu alma loca?

¿Dó aquel dulce frenesí?
¿Dó aquel sentido lamento?
¿Dó aquel postrer juramento?
¿Dó.... ¡re, mi, fa, sol, la, si!

J. RODA.

CUENTO DE ANTAÑO, POR LAGO.



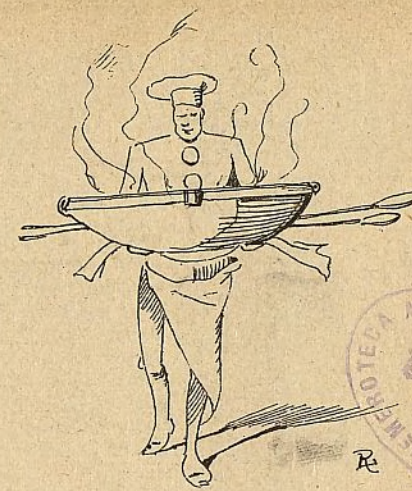
Y aconteció que el rector de
cierta Universidad



y el coronel de cierto regimiento
de infantería de línea



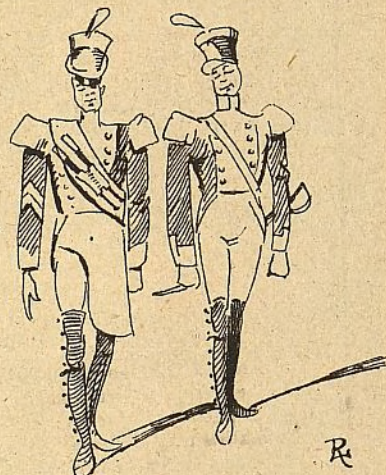
decidieron probar la astucia de
sus soldados el uno, la de sus es-
tudiantes el otro.



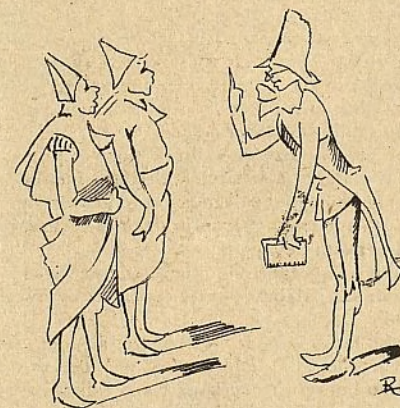
A cuyo efecto, aderezaron
una gran cazuela de arroz con dos
largas cucharas.



El rector mandó llamar á los dos
estudiantes más tunos de la clase



y el coronel al tambor y al pisto-
lo más tunantes del cuartel

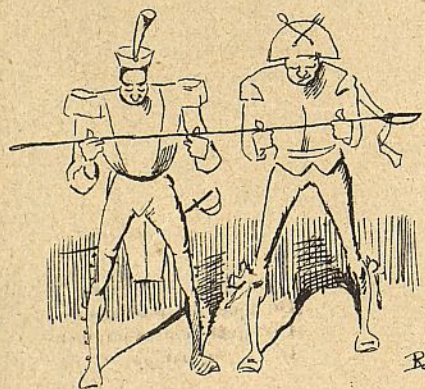


y dijo el seglar á sus discípulos:

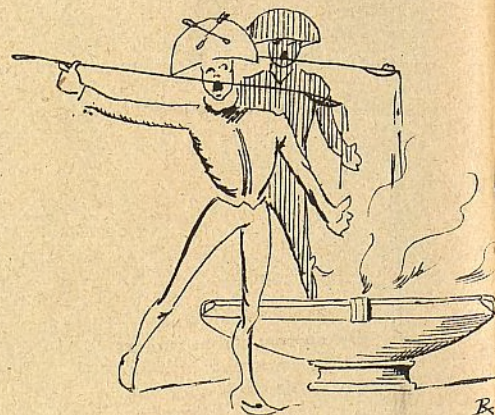
Esta cazuela de arroz será para los que se la coman teniendo
las cucharas por la punta.



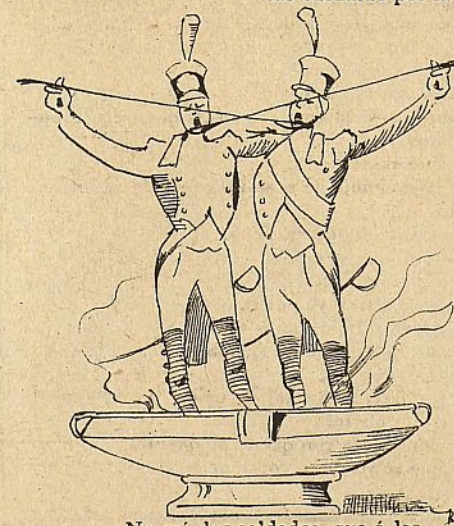
y el coronel á sus subordinados:



Y estudiantes y soldados requi-
rieron las alimenticias armas.



Empezaron los estudiantes, sin
poder comérse un solo grano.

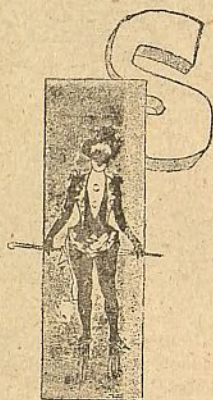


No así los soldados, que á las
primeras de cambio dieron buena
cuentadel contenido de la cazuela.



dejando confuso al rector
y orgulloso y satisfecho
al coronel.

CAZANDO PULGAS.



SENTADA á estilo oriental sobre el *cobertor* de la cama que, diligente, ha sacado á darle una mano de sol en el empedrado; con los ojos fijos en los repliegues de la manta, que repasa persiguiendo las pulgas diminutas, y andándole suelta la risa en el cuerpo, como que siente irresistibles deseos de echar la carcajada, está la linda Teresa á la puerta misma de su casa y espera la llegada de Luis, su primo y *casi* novio, para echar un

rato de broma en su compañía.

La abuela de Teresa siéntase dentro de la estancia y vése medio oculta tras de la puerta, no dejando de vez en cuando de torcer el rabo del ojo hacia la muchacha, tanto por el gusto de verla como por ser incansable centinela de su juventud, sabiendo, como es sabido, que en materia de amores y mujeres, nada puede decirse que está seguro bajo llaves.

A pesar de ser la vieja como el íntimo confesionario de Teresa, algo ha dejado de confesarle, y este algo es su afición rara y misteriosa por Luis, afición que le hace pensar en él á todas las horas del día, sin que ella sepa explicarse por qué causa. Cuando Luis se halla ausente, entretiénese en recomponer en la imaginación su figura y en traerla ante sí con el deseo, para deleitarse en lo que tanto la absorbe y la cautiva.

Una vez que su rostro, el rostro orlado de fina y negra barba de Luis, cayó cerca del suyo, en una escena en que ambos hubieron de intervenir, el aliento del hombre rozó su mejilla con tan acompasado ritmo é impregnóla de tan suave calor, que la impresión tiénela impresa en el alma, y le basta sólo esforzar un poco el oído para reproducir de nuevo el fenómeno y extasiarse y adormirse con su halago.

El, por su parte, no queda tampoco impasible ante Teresa, ni puede quedarlo mortal alguno ante sus ojos de verdes retinas, como los del fantasma del cuento de Becquer, ante su boca roja y húmeda como un vivo consorcio de cerezas, ante el cuello, de una blancura azulada y de una exhuberancia de rosa, y ante la figura entera de la joven, estrecha de cintura si saiente de caderas y alta de seno, que mueve el ritmo de la respiración como un nido de acurrucadas palomas.

Muchas veces ha sido la causa de las miradas de Luis aquel seno, y del mismo modo que acostaba en él la mirada, hubiera querido recostar los labios amorosos y besar aquella agitación de ondas alteradas; pero el respeto detuvo siempre al mozo, y sólo esperaba una ocasión rodada en que poner cerca de los suyos sus labios y beber el beso que en ellos germinara.

—¿Qué te haces ahí, Teresa?—dijo al llegar el presunto novio, cerca de donde se daba la cacería, dispuesto, al parecer, á un rato de broma.

—Estoy metida á cazadora.

—¿A cazadora? Pues mira, se te vendrá la caza á las manos sin el menor esfuerzo.

—¿Por qué, Luis?

—Porque yo, sin ser pulga, estoy deseando caer en tus manos.

—Siempre estás diciendo lo mismo.

—Y tú sin oírlo, por más que lo repito.

—Lo oigo como se oye una broma.

—No es broma, mira.

—Y ¿qué iba yo á hacer si cayeras en mis manos?

—Pues apretar, Teresa.

—¿Para qué?

—Para ver si podías estrujarme como las pulgas.

—No, porque ya ves, habría de darme lástima.

—¡Lástima! De manera que aunque sea en broma, te interesas por mí.

—Y tanto, como que, caso de que cayeras en mis uñas, no te estrujaría.

—Pues había de picarte en castigo.

—¿Picarme?

—Y donde yo quisiera.

Debió llevar Teresa el pensamiento á la parte de su cuerpo donde hubiera querido que le picara, porque púsose su rostro del color de la amapola y quedó un tanto desconcertada.

Algo de recelo hizo que mirara por vez primera, durante el diálogo, á su abuela; después hundió los ojos en los repliegues soleados del *cobertor*, y se dispuso, sin replicar, á levantar de prisa la caza, para darse el gusto de cogerla.

—Conque—agregó Luis, atando de nuevo el collar roto de las palabras—¿eres capaz de interesarte por mí?

Y acercó tanto la boca á su rostro, al inclinarse para tomar asiento al lado de ella, que Teresa sintió el ritmo impreso en su alma claro y distinto, como esas ráfagas de música lejana que el viento trae á nuestros oídos.

Una emoción eléctrica pasó por el cuerpo de la joven; volvió á vaciar del mismo color en sus mejillas y quiso disimular la confusión abriendo por medio de una risa la boca, risa en el fondo de la cual se vieron resplandecer las perlas de los dientes, de un puro marfil abrigantado.

—¿No contestas á lo que te he dicho?—agregó él, metiendo la mirada en el rojo cáliz que hizo la boca al sonreír.

—¿A qué dices?

—A mi pregunta de si serías capaz de interesarte por mí.

—Ya estoy interesada.

—Pero no de ese modo.

—¿De cuál entonces?

—Como lo estoy yo por tí.

—¿Y quién sabe cómo es eso!

—Pues... queriéndote... *amándote*, para decirlo pronto y de una vez.

—¡Ave María Purísima! ¿Y quién me asegura á mí que eso es cierto?

—La constancia con que te he querido.

—Y ¿qué sé yo de tu constancia?

—No digas que no lo sabes; el fingimiento no cabe para nosotros...

—¿No es verdad que no cabe?—agregó después de haber hecho punto y aparte, y acercando aun más que antes el alterado aliento á su rostro.

—Verdad será si quieres.

—¿Te basta con la prueba de mi constancia?

Después de vacilar y de hundir los blancos y sonrosados dedos en los amplios pliegues del cobertor, dijo tímida y ruborosa que sí.

—¿Nos amaremos entonces?

El monosilabo salió otra vez de su boca, pero ahora más ténue y apagado que antes.

En el momento pasó saltando una pulga delante de ella y la cogió en un repentino movimiento, echóla en la plaza breve y rosada de la uña, y acercando él en este punto los labios al rostro de la muchacha, estampó un claro y sonoro beso, que hizo á la abuela volver los ojos de repente.

—¿Eh? ¿Qué es eso?—clamó azollispada la vieja, derramando la cansada mirada por el idilio.

—Nada; que estamos cazando pulgas, y... acaba una de hacer explosión.

—¡Gorda debe haber sido!!—dijo recogiendo la paz del suelo la vieja.

SALVADOR RUEDA.

MOTES RAROS.

Beso los pies á las damas que se llaman Timotea, Gudula, Simplicia, Orosia, Prisca, Teodomira, Aleja, Emerenciana, Teotista, Rufa, Leocricia, Pulqueria, Leovigilda, Simeona, Cucufata, Aciscia, Sergia, Alodia, Melania, Práxedes, y Semproniana y Tadea; á las Liborias, Tiburcias, y Pomponias y Formerias y Olegarias y Trifonas y Melanias y Adalbertas; á las que tengan por nombre Crisógona ó Anacleto, ó Sinforiana ó Cirila, ó Liberata ó Senena, ó Corpófora ó Agrícola, y en fin, á todas aquellas que tengan *motes* tan raros como los que van de muestra.

Debo, ante todo, decirlas que no pretendo ofenderlas al oponer francamente mi más ardiente protesta contra el gusto de padrinos ó padres, tíos y abuelas, que á Carnaval sempiterno, al bautizarlas, condenan á sus queridas ahijadas, hijas, sobrinas ó nietas.

¡Llamarse Luca, es llevar en el nombre una careta!

Yo ya sé que habrá Uldegundas Sisenandas y Exuperias, que serán muy ilustradas y muy listas y muy buenas, y hasta guapas si se quiere (aunque lo dudo de veras) que lo mismo *sirve á Dios* una Luisa que una Crédula.

Pero convendrán conmigo que es inferir una ofensa

llamar á una niña Rústica ó Barbarita ó Silvestra y que es de pésimo gusto llamarse Galdina ó Cleta y que paciencia hace falta para llamarse Paciencia.

Yo ya tengo mi opinión formada en esta materia: Si yo mañana me caso y Dios me dá descendencia, y el día de San Zenón me nace una pequeñuela, rubia como espiga de oro, blanca como una azucena, con ojos como dos cielos y labios como cerezas... ¡yo no la llamo Zenona! ¡Antes la llamo... Canela, como una perra que tiene el chico de mi portera!

JOSÉ BORRÁS.

LOS DOLORES DE MUELAS

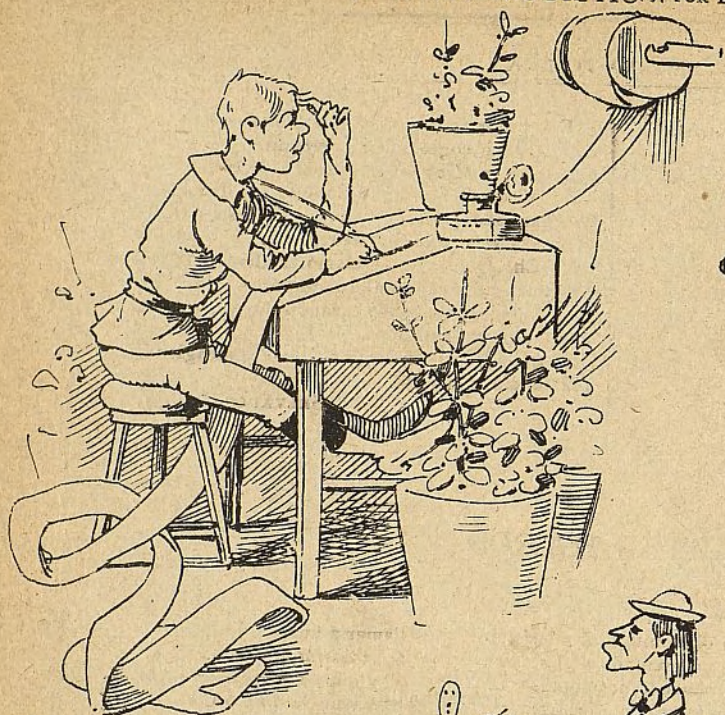
Venía rendido; aquellas cuatro horas eternas, interminables, pasadas en la esquina, sin poderse mover de allí, eran bastantes para doler á cualquiera. Cuando se retiraba á su cuchitril, llevaba siempre un dolor sordo que le partía los riñones, de estar de pie y las plantas se le quedaban yertas del frío de las losas...

Verdaderamente, resultaba muy penoso oficio aquel de velar por la seguridad de los demás y de pasar cuatro horas muertas en la calle, azotado por el zarzacán, caído por la lluvia, aterido por el cierzo, abrasado por el sol, ahogado por el bo-

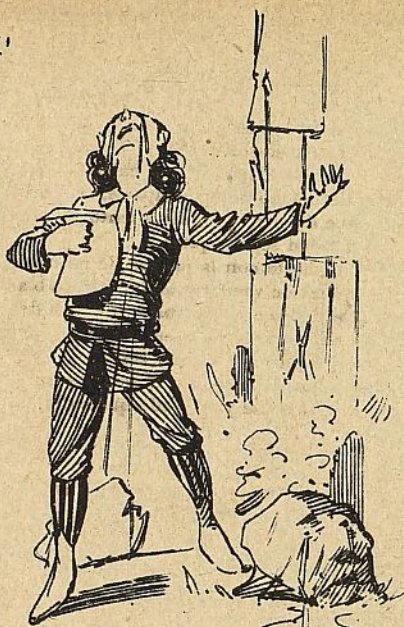
chorno. Las horas de la mañana, menos mal; tenía el recurso de distraerse viendo los transeúntes, de oír los pianos de manubrio, de charlar con cualquier amigo que se encontrase, de piroppear á las criadas; pero de noche... Las horas de la noche se le antojaban sin fin. Y eso que su cuneta no resultaba muy incómoda; de ocho á doce ya se podía tolerar; ¡los infelices que entraban de servicio á las doce hasta el amanecer!... Ya se sabía de memoria con sus mil detalles las fachadas de las casas por donde él vigilaba, sus balcones, sus escaparates, los adoquines del arroyo, los simones de la parada próxima. Sólo la necesidad le retenía apresado á una ocupación tan melódica...

Aquella noche el pobre guardia de seguridad llegó á su guardilla molido. Realmente, no era muy

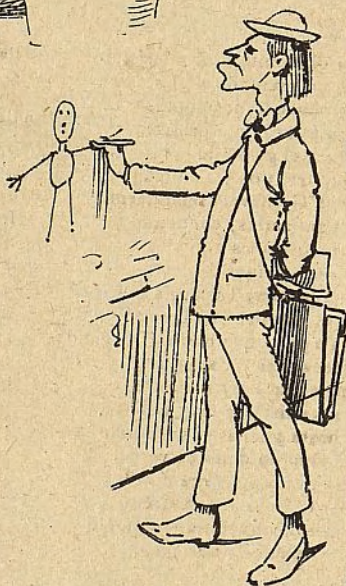
FUROR PERIODISTICO. POR ESCALER.



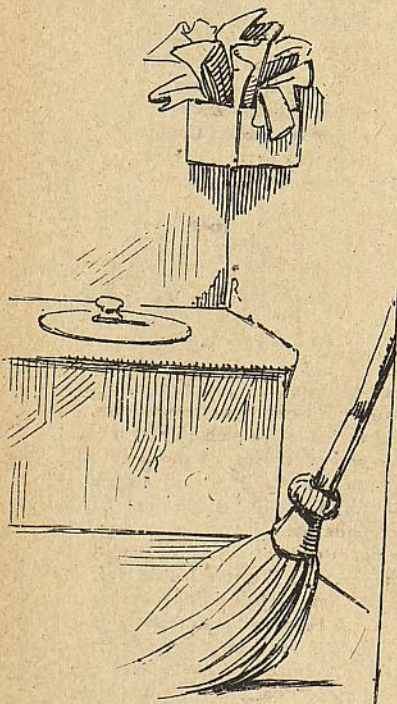
Juanito es poeta y siente la primavera como un condenado;



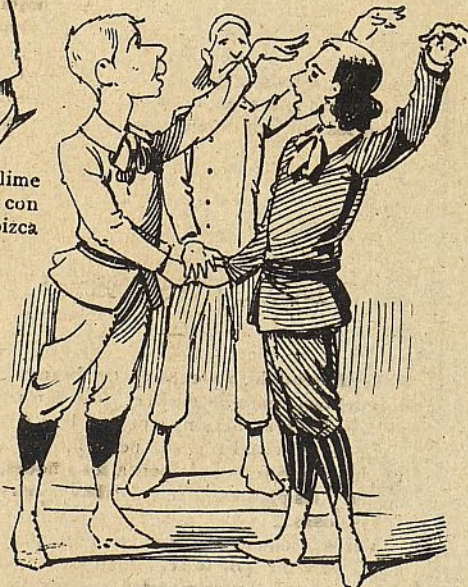
lo mismo que Perico, cuyos *geremiosos* cantos hacen llorar hasta á los cantos de la calle.



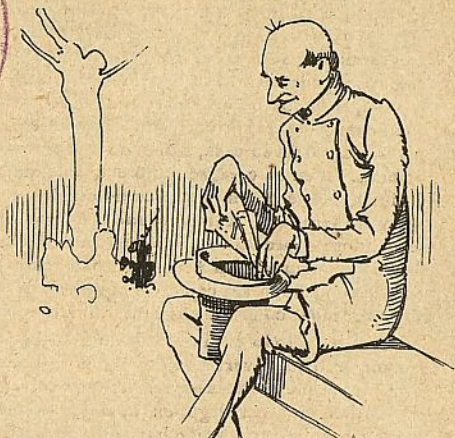
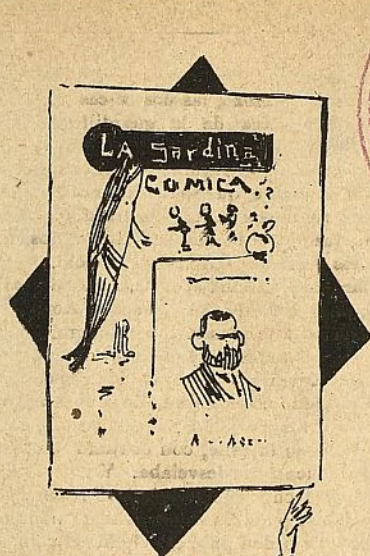
Manuel siente el sublime arte. Ya hace narices con sombra y figuras sin pizca de *idem*.



Más ¡oh, incomprensible envidia! los directores de los semanarios donde colaboran, les dicen siempre que sus trabajos pasarán á la posteridad...

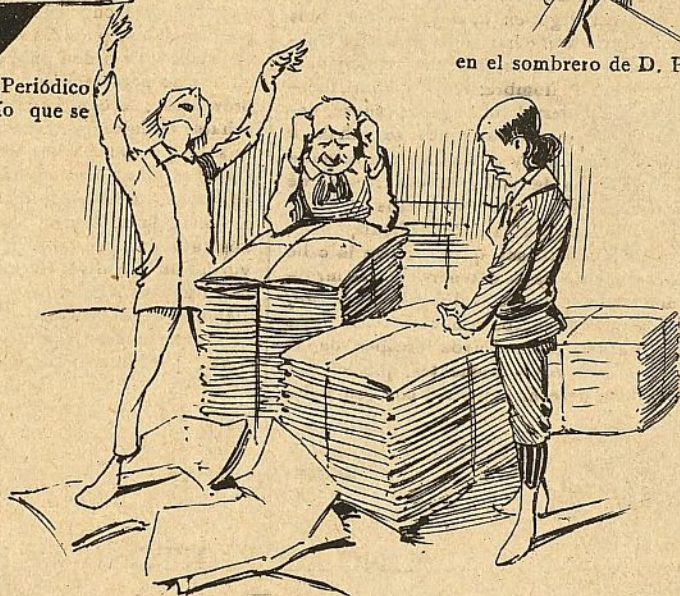


Por lo que, justamente indignados y con 3 pesetas 50 céntimos de capital, se declaran *independientes* y deciden fundar un periódico;



en el sombrero de D. Procopio

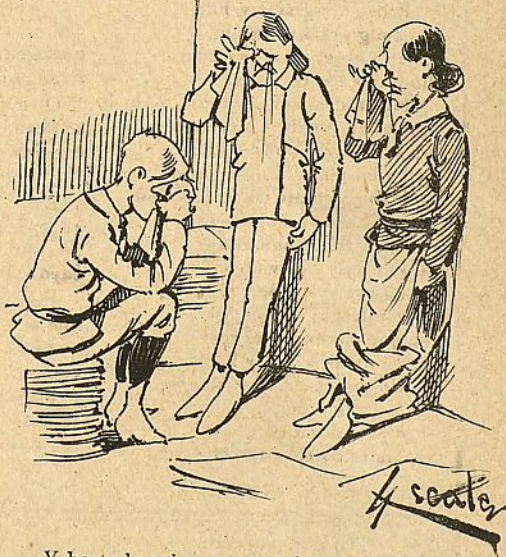
que, en efecto, fundan. Periódico que «viene á llenar el vacío que se dejaba sentir...»



Mas ¡ay! que el público no les ha comprendido.



y á esto se debe que el impresor y el grabador se muestren algo ariscos y malhumorados.



Y hasta la primavera próxima, en qué volverá á arder la sangre y volverán á hacer de las suyas los nóveles periódiqueros.

baja la temperatura, pero soplaba un viento fuerte y seco que obligaba á los transeúntes á llevar la cabeza baja para resistir al aire. El guardia ansiaba que terminara su misión: estaba muerto de cansancio; así, en cuanto sintió dar las doce en el reloj de la villa, se preparó para ser relevado, cedió su puesto al camarada que le correspondía y en cuatro saltos se plantó en su casa, subiendo la escalera en dos brincos. Ya en su casa, se quitó el capote; dejó sobre la única mesita que había en la habitación el revolver y la teresiana, colocó el sable en un rincón y sentándose sobre un baul que ejercía de sofá, se comió tranquilamente un pedazo de pan y un trocito de queso que sacó del cajón de la mesa, aderezando su cena frugal con ruidosos é interminables bostezos.

A tal hora todo el mundo dormía en la casa; en ningún piso se advertía ruido alguno ni se descubría luz; la puerta de abajo se hallaba cerrada desde las diez. Sin embargo, en la calle se oían dos voces de distinto timbre, charlando en tirada conversación, quitándose la vez, alegres, regocijadas, expansivas; una era de hombre: recia, varonil, fuerte, ronca; otra de mujer: debil, aguda, suave, argentina. Con frecuencia la voz ronca se echaba á reír con recias carcajadas y la voz debil le respondía con una risa llena de trinos; la voz ronca, de hombre, acariciadora y tierna, no cesaba de cortejar á la mujer, de dirigirla palabras ardientes, henchidas de cariño, impetuosas, que cruzaban la calle llevadas por el viento hasta detenerse en las megillas de la muchachita; las frases del galán *besaban*; la voz de la mujer contestaba con parquedad, mas sobriamente, pero tambien dejaba escapar de su boca vocablos expresivos y elocuentes, que se adivinaba que subían derechamente del corazón á los

labios y que tambien atravesaban el tejado yendo á detenerse en el mozo; las dos voces silbaban en la altura, muy cerca de la guardilla del agente; eran los novios del sotabanco de al lado y del piso cuarto de enfrente, el estudiante y la costurera que vivía con su madre, que todas las noches pelaban la pava de ventana á ventana, merced á lo angosto de la vía, razón por la cual se hallaban los edificios muy juntos y así cayesen rayos del cielo.

El guardia se hallaba acostumbrado al charloteo; no hizo, pues, caso de los amantes. Acabó de comerse el queso y se acostó. Sin embargo, ó sea que los dos jóvenes hablaran aquella noche más recio, ó que el aire trajera sus palabras á la guardilla, el guardia no pudo coger enseguida el sueño por más que apretaba los párpados; aquel hablar continuo que estallaba en la calle, con el ritmo uniforme de un caño de fuente, le desvelaba. Y comenzó á dar vueltas en el lecho, encolerizándose poco á poco y preguntándose para sus adentros si no habría en las ordenanzas de orden público, algun artículo que le autorizara para zampar á aquel par de tipos en la prevención. Al cabo, y cuando fuera de tino iba á echarse de la cama y á envolverse en el capote, para salir á mandar callar á los habladores, sintió que estos se despedían hasta mañana, agotando, al separarse, su repertorio más expresivos de ternezas. Despues, la calle se quedó hundida en un silencio absoluto; entonces se arrojó bien de nuevo, se volvió del otro lado y, ya medio dormido, murmuró con fruición, dejándose acariciar por la modorra y riéndose de su gracia:

—Este mes de Enero es tremendo para lus novius... ¡Les duelen las muelas como á lus gatus!..

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

UNO DE TANTOS.

Pedro Desgracia y Fatal,
mi amigo más estimado,
es un pobre, un desgraciado,
honrado á carta cabal.

Mas todos dan en decir
que es un hombre pervertido
un seductor y un bandido,
¿y quién los va á desmentir?

Habla siempre con gran tino,
nunca ha sido maldiciente
y llama sencillamente
al pan pan y al vino vino.

Mas su suerte se complace,
con infernal interés,
en que entiendan al revés
lo que Pedro dice y hace.

Un día en casa de Manso,
con acento compungido,
le dijo Pedro á Garrido:

—Me estoy robando el descanso.

Pues luego se propalaba,
con un fin lo más artero,
que *Descanso* era un banquero
á quien Perico robaba.

Otro día, el pobrecillo,
se llevó dieciseis horas,
con ansias aterradoras,
sin probar un panecillo.

En la plaza del Senado
ya no pudo sufrir más,
Se le fué la vista, y ¡zás!
cayó al suelo desplomado.

Pues no faltó un mamarracho
que más tarderegonaba
que el infeliz Pedro estaba
completamente borracho.

En no sé que Asociación
su triste estado supieron,
y de limosna le dieron

un mísero pantalón,
y Pedro exclamó mil veces:

— ¡Oh, caridad bienhechora!
¡Dios te bendiga, que ahora
tu cubres mis desnudeces!

¡Pobre Pedro! Al otro día
pregonaba la portera
que aquella *Caridad* era
la querida que tenía.

En cuestiones de amorios
cuentan cada atrocidad...
Mas yo os diré la verdad,
amables lectores míos.

Se casó Pedro en Palencia
lleno de amor y placer
con una hermosa mujer,
que se llamaba Inocencia,
la cual un primo tenía
que Fragosa se llamaba,
y del que Pedro fiaba

como el bueno siempre fía.

Pero no había pasado un año, cuando su esposa se escapó con el Fragosa, dejando á Pedro plantado.

Cuando se llegó á enterar la gente de lo ocurrido, dijo:—Inocencia se ha ido por no poderle aguantar.

Para concluir, lector, llegó un instante fatal y Pedro no estaba mal: estaba más que peor.

Vestido de fino aril

en invierno tiritaba, y trabajo no encontraba ni de peón de albañil.

Su desgracia era completa, tanto como innmerceda.

¡Hubie.a dado la vida quizá por media libreta!

Ya se encontraba dispuesto á hacer cualquiera locura cuando quiso su ventura que hallase á su amigo Ernesto, el que había inaugurado en la calle de Belén un formidable almacén

de petróleo refinado.

—Te vienes, y allí estarás

(Ernesto le dijo) al pelo.—

Perico vió abierto el cielo y aceptó sin más ni más.

Llegó á verse con dinero y á todo el mundo decía:

—Soy dichoso desde el día que me metí á petrolero.

Al mes salió de esta villa y en prisiones le metieron.

¡Por qué? ¡Porque le creyeron un secuaz de Ruiz Zorrilla!

ANGEL CAAMAÑO.

CHIRIGOTAS

Unico encargado de la venta de LA SEMANA CÓMICA en Barcelona: Don Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

✱

En los toros.

El bicho no da juego y el presidente manda ponerle banderillas de fuego.

—Oye, Pepe, ve á las gradas y dí á mi marido que te dé los gemelos, que quiero ver bien esta suerte.

El público, enfurecido.— ¡Otro toro! ¡otro to...ro!

La mujer.—Anda, Pepe, ve á buscar á mimarido.

✱

Un señorito muy lila y otro que de asno hace gala, dilucidaban si Atala era pariente de Atila.

Preguntáronle á Mercedes y esta al momento exclamó:

—¡Yo que sé lo que ocurrió cuando la invasión de Vdes...!

E. QUILEZ.

✱

—¿El nombre propio de esa actriz, portero?

—La Rodriguez.

—Bueno; ese es su apellido; pero ¿y su nombre propio?

—¡Ah! su nombre es Pura.... pero no es *propio*.

✱

Leo:

«El eminente médico inglés Sir Morell Mackenzie acaba de publicar un curioso estudio sobre el tabaco. Según él, este no es perjudicial, como algunos creen, sino beneficioso, siempre que del cigarro se fume sólo la primera mitad.»

¡Ay, sir Morell, sir Morell! ¡A Vd. le ha subvencionado la Tabacalera!

¡Tirar medio cigarro!

¡Entonces si que brillaría el sol de la prosperidad para la Arrendataria... y para los que recojen colillas!

✱

OBRAS RECIBIDAS.—*Historia de un cascanueces*, por A. Dumas. Los editores Sres. Sáenz de Jubera Hermanos, de Madrid (Campomanes, 10) han publicado esta bellísima novela del célebre escritor francés. La obra ocupa dos cuadernos de la acreditada colección *Jubera*. Precio: una peseta cuaderno.

Subdivisiones de las antiguas pesas y medidas de las 49 provincias españolas y sus equivalencias con las del sistema métrico decimal, por Enrique Vilavet. Un folletito muy útil: Precio: dos reales.

CORRESPONDENCIA

F. B. U.—Paris.—Se le remitieron. ¿Los recibió Vd.? Y en cuanto al importe... ¿quiere Vd. callar, criatura?

D. B.—Barcelona.—Crea Vd. que es una apreciación injustificada. Si se le han rechazado composiciones, algún defecto tendrían. Aquí no se rechaza nada *porque sí*. Precisamente si periódico hay que dé preferencia á los que empiezan es el nuestro. Sólo que esta preferencia se dá á los que empiezan *bien*. ¡Pobres de nosotros si no tuviéramos el tacto de hacerlo así! Y en cuanto á lo del cobro... ¿quién lo ha dicho á Vd. que esos no cobran?

R. D. M.—Madrid.—Usted y sus versos se diferencian, y no poco: ellos resultan muy largos y usted... resulta muy corto.

Poquelin—Cádiz.—El día en que quiera dar el periódico á dos colores... no digo que no lo publique. Porque todo va aquí impreso en negro. ¡Y como lo de Vd. es de un verde rabioso!

Parapeto—Valladolid.—¿Quince versos y es soneto?

¡Ay, señor de *Parapeto*!

P. H.—Barcelona.—Se publicará.

R. J.—Madrid.—No se publicará.

Sr. D. José Juan Cadenas.—¿Que si tengo inconveniente en hacer constar que el J. J. C. á quien se atribuían unos *tiños* en la *Correspondencia* del número pasado no era Vd.? No señor: ninguno.

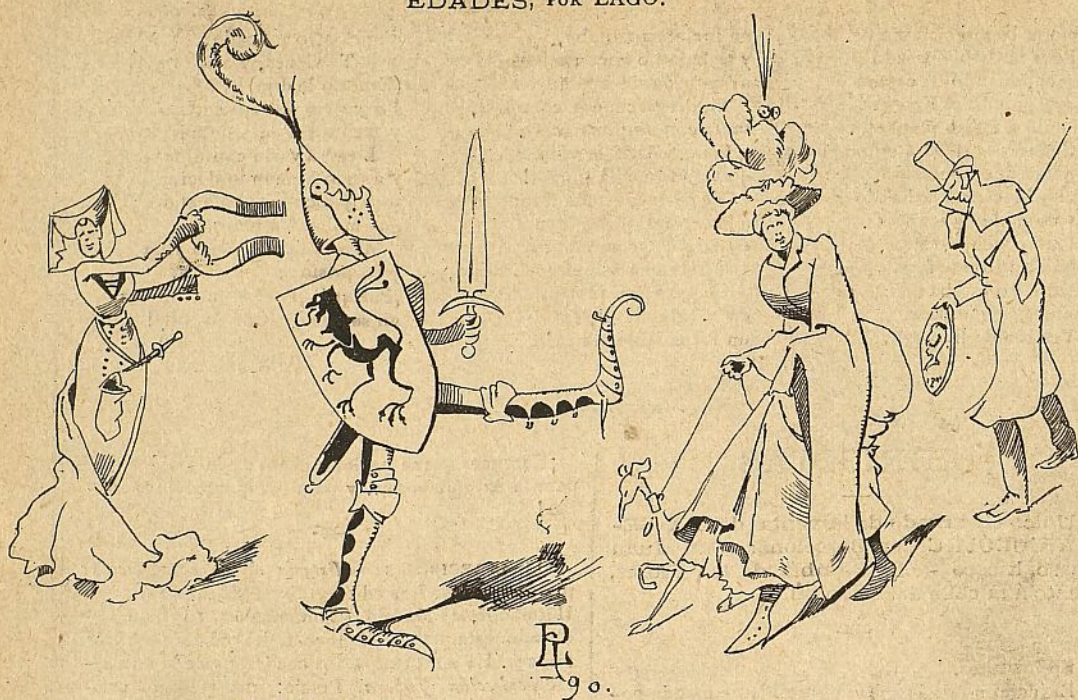
Frasquito.—¿Pedirle la firma? ¿Para qué? ¡Ah, sí! para saber como se llama el mortal que escribe *habreviatura*, así, con *h* y con *a*.

Señores cuyas composiciones no son publicables: E. C. E., K. D. T., *Chiripa*, D. P. L. y *Aben-Mojón*. (Madrid).—M. LL., *Dos tranquilos*, T. P. y C., *Bardo Burdo* y *Don Dionisio* (Barcelona).—A. G. (Santiago).—M. del V. y H. (Santander).—*Dibancito* y J. P. (Valladolid) y D. P. G. (Coruña).

Y dispensen los señores á quienes, por falta de espacio, no contestamos en el presente número

Imp. Militar, Arco del Teatro, 9, pasaje.

EDADES, POR LAGO.



La edad de hierro.

La edad de oro.

ANUNCIOS

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera.	'	2'50 "

Números atrasados doble precio

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES
DE 2 Á 4 TARDE

UNICO ENCARGADO

DE LA VENTA Y EXPENDICION DE

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Sra. Viuda de Pozo é Hijos

GALERIA LITERARIA.—Calle del Obispo, 55, Librería.
HABANA

NICOLAS MIRALLES

LITÓGRAFO

UNION, 17.—BARCELONA

IMPRENTA MILITAR Y COMERCIAL
DE

CALZADA É HIJO

Arco del Teatro, 9, pasaje
BARCELONA